EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SÉRIE.

En Valencia 4 rs. al mes. Núm. 31.--Domingo 2 de diciembre de 1849. En provincias 15 rs. por trimestre.

BIOGRAFÍA CRÍTICA DE GALILEO.

(Continuacion)

En el tiempo á que nos referimos, los profesores se contrataban todavía como en la edad media para un número de años determinado; la obligacion de Galileo no duraba mas que tres, y aunque su salario fuese muy módico, las necesidades de su familia le hacian esperar con ansia la renovacion de su contrato: con todo, no vaciló en arriesgar su porvenir por el amor á las ciencias y á la verdad. Juan de Médicis, el hijo natural de Cosme I, que se tenia por tan gran arquitecto como ingeniero, habia inventado una máquina para limpiar escavaciones; Galileo, llamado á reconocerla, hizo patentes todos sus defectos. Tanta sinceridad hirió el amor propio del autor, quien se quejó al gran duque, y como todos los peripatéticos de Toscana apoyaban semejantes reclamaciones, vióse Galileo á pique de ser despedido, por lo que cedió á las circunstancias, y se retiró á Florencia; pero todavía vino en su socorro el marques Del Monte, ayudándole á obtener la cátedra de matemáticas de Pádua, vacante por la muerte de Moleti, profesor cuyo nombre merece pasar á la posteridad por sus tentativas de reforma en mecánica. Consultado el gran duque sobre el particular, dejó partir sin disgusto á un hombre cuyo mérito no conocia. Galileo, pues, llegó á Venecia por el estío de 1592; en su vejéz se divertia en contar que la maleta que se llevó al marcharse de Florencia no pesaba mas que cien libras, y eso que contenia todos sus bienes: despues de haberse detenido algun tiempo en Venecia, se dirigió á Pádua con el objeto de abrir su curso. Todos los escritores contemporáneos están conformes en proclamar el feliz éxito de sus lecciones, pues en una ciencia dificil y al alcance de muy pocos talentos reunió tan gran número de oyentes, que á la universidad misma de Pádua, tan célebre y frecuentada entonces, no dejó de parecerle estraordinario. En los primeros años de su contrata compuso Galileo el *Tratado de las fortificaciones*, la *Gnomónica*, un *Compendio de la esfera* y un *Tratado de mecánica*, pero aun cuando daba copias de estas obras á todos los que las querian, sin cesar de manifestar de viva voz lo mas principal de ellas, ninguna hizo imprimir. El tratado de mecánica en que aplicaba el principio de las velocidades virtuales, que él por primera vez habia considerado como una propiedad general del equilibrio de las máquinas, no salió á luz sino casi cuarenta años despues, traducido en frances por los cuidados del padre Mersene; el *Tratado de las fortificaciones* no ha sido impreso hasta nuestro siglo, la *Gnomónica* se ha perdido, y el *Tratado de la esfera*, que se ha publicado bajo el nombre de Galileo, ciertamente que no le pertenece, porque no tan solo se encuentran en esta obra opiniones diametralmente opuestas á las que profesó aquel toda su vida, sino que todavía se nota en ella un método que no puede ser el que Galileo tenia. Esta indiferencia por la publicacion de sus obras y el generoso desprendimiento con que las comunicaba á todo el mundo, forman el carácter particular de este grande hombre; jamás nos cansaremos de publicar una y otra, á fin de poder rebatir con mas facilidad las pretensiones de todos los que han querido robarle la gloria de sus descubrimientos.

Segun la opinion de todos los biógrafos, en los primeros años de su mansion en Pádua, imaginó un instrumento muy importante en sí mismo, y mas todavía por cuanto era uno de los primeros egemplos de la aplicacion de un fenómeno físico á la medida de la intensidad de una causa; bien se entiende que queremos hablar del termómetro, invencion atribuida á muchísimos, pero que únicamente parece deba pertenecer á Galileo. Hasta su tiempo siempre se habian estimado la intensidad de las causas físicas y la de las fuerzas que obran sobre los cuerpos de la naturaleza, por la sola impresion que producen en nuestros sentidos, valuacion que nada podia tener de exacto, pues para que lo fuese, hubiera sido necesario ademas tener otro instrumento á propósito para medir las diferentes relaciones de las sensaciones entre sí: por otra parte, no conservando los hombres mas que imperfectamente la memoria de las impresiones que van sucediéndose unas á otras, venia á ser impo-

sible toda comparacion aun para un solo individuo; puesto que no se puede medir sin establecer relaciones. En cuanto á las sensaciones esperimentadas por diferentes personas, ningun medio habia de compararlas entre sí. Entre los fenómenos que habitualmente se observan, ningunos mas interesantes para nosotros que los caloríficos; la salud de los hombres y de los animales, los trabajos de la agricultura, las artes mas útiles y necesarias dependen principalmente del calor; sin embargo, hasta el momento en que Galileo inventó el termómetro, ningun medio se conocia de determinar la temperatura, y únicamente se podia decir: «tengo calor ó tengo frio.» Habiendo observado este gran físico que el aire, del mismo modo que todos los cuerpos en general, se rarifica por el calor y se condensa por el frio, fundó sobre esta sencillísima observacion el instrumento que habia de hacer sensibles á la vista las variaciones de temperatura. Se componia de un tubo de vidrio de pequeño diámetro, abierto por uno de sus estremos y terminado en el otro por una bola: despues de haber introducido en ella un poco de agua, se sumergia el otro estremo del tubo en una vasija llena del mismo líquido, conservando el instrumento en la posicion vertical; la presion del aire esterior detenia el líquido en el tubo, y con esto quedaba construido el termómetro. Con efecto, si se aproximaba un cuerpo caliente á la bola del instrumento, el aire interior se dilataba y obligaba á bajar al líquido contenido en el tubo, subiendo tan luego como se enfriaba: Galileo lo habia graduado con el fin de poder hacer observaciones. Este instrumento no era como dicen los físicos *comparable*, porque no teniendo puntos fijos en la escala, no podian compararse entre sí las observaciones hechas con dos de estos aparatos; era un *termóscopo* mas bien que un termómetro. Ademas servia á la vez de termóscopo y de barómetro. El líquido subia ó bajaba en el tubo, segun las variaciones del peso de la atmósfera y la evaporacion que tenia lugar en su interior. Todavía distaban mucho aquellos termómetros de los actuales, y sin embargo, la verdadera física, la física del peso y la medida, nació en el dia en que se inventó semejante instrumento, porque hasta entonces todos los que se habian imaginado para medir los efectos naturales ó las propiedades de los cuerpos no eran mas que objetos de curiosidad que rara vez se llegaban á emplear, mientras que el termómetro vino á ser muy luego de uso diario por la influencia de Galileo, quien no se cansaba de insistir sobre la necesidad de introducir la medida en la filosofía natural, y en toda su vida cesó de imaginar nuevos instrumentos propios para la observacion y medida de los efectos naturales.

Quizá no existe descubrimiento alguno que haya tenido mas pretendientes; se atribuyó á Bacon, á Fludd, á Drebell, á Sanctorio y á Sarpi, pero testimonios irrecusables prueban que Galileo habia construido su termómetro antes del año 1597, y resulta asimismo de documentos auténticos que en 1603 todo lo mas, habia ya participado sus efectos al P. Castelli. Por una carta de Sagredo se vé que desde el año 1613, este celoso amigo de Galileo hacia observaciones en Venecia con el termómetro inventado por su amigo, habiendo ya deducido de estas observaciones resultados importantísimos para la meteorología.

(Se continuará.)

Origen é importancia de los periódicos.

No creemos supérfluo ofrecer á nuestros lectores un bosquejo de la especie de mágia obrada en todos tiempos por aquellos escritos volantes acomodados á las circunstancias, que sobre ilustrar á los hombres acerca de su estado presente, les presagian el de su suerte futura. Manifestar la superioridad de su influjo es presentarlos como arma útil y peligrosa á la vez, fulminante indicio de la pertinacia de un bando, y eficáz socorro de un legítimo gobierno. Impresos ahora en dilatados periódicos que pueden insistir con frecuencia sobre unas mismas doctrinas, son casi superiores á las arengas del tribuno, y á la cáustica vehemencia del libelo. Añádase que pertenecen al órden civil como elementos de lucrativa propiedad, al moral como antorchas de la opinion, y no se estrañará que reclamen aquel límite que concilie estos varios intereses en notorio beneficio de la seguridad privada y de la independencia pública.

El pueblo antiguo, que ha dejado mayores vestigios y mas brillantes recuerdos, adoptó el sistema republicano despues de proscribir el monárquico; pero si bien fundóle en el desprendimiento de los intereses particulares para auge del procomun, le sujetó á la vigilancia edil, á la severidad consular, y tal vez al despotismo dictatorial. La tribuna era la única arma verdaderamente democrática para combatir la arrogancia ecuestre y el militar predominio, pues asistía en efecto á los ciudadanos de Roma el derecho de subir á ella, de acusar á los depositarios del poder, y encender con acaloradas filipicas la cólera de la muchedumbre. Careciendo de periódicos, producian igual resultado estos discursos, frecuentes, partos de una oposicion audáz. Cuando dominó Roma á las demas repúblicas, las riquezas y los deleites enflaquecieron el vigoroso temple de sus armas y desaparecieron de la tribuna los antiguos oradores, quedando entregada á los sofistas. Estéril fue el privilegio de arengar á los hombres, título meramente académico el de orador; y desempeñábanle por esto los que hen-

chidos de falso saber, cuanto hábiles en el vulgar mecanismo de redondear períodos y pronunciar frases cadentes, tributaban venales inciensos á un pueblo ya embrutecido en los anfiteatros de los Césares. Desapareció aquella influencia periódica, aquel incentivo de pública controversia que mantuviera á los espíritus en saludable agitacion, sobre todo, cuando salváran el Estado la sublime resignacion de Rómulo y la elocuencia varonil de Marco Tulio; y aun puede asegurarse que no renació hasta que oponiendo el cristianismo la persuasion á la violencia, sometió al sublime tribunal de la razon humana las cuestiones de mayor importancia para su felicidad y nuestra alianza.

El choque del Evangelio con el politeismo dió márgen á una multitud de tratados, réplicas y argumentos, no menos ricos de dialectica y eficacia que las antiguas controversias del foro. Ciertos opúsculos de Lactancio, Tertuliano, Orígenes, San Agustin y San Gerónimo, no solo iban restituyendo al entendimiento y á la crítica su espíritu y su vigor, sino que abrian la puerta á las cátedras y á las sillas episcopales, y daban á la inteligencia humana su mas sabroso alimento. Adormecidos los hombres bajo el cetro de los Césares, no es mucho que las cuestiones morales les despertasen de tan vilipendioso letargo. Comprendieron al fin que con la absurda creencia de la mitología griega era imposible aquella libertad que asegura el sosiego doméstico y aleja todo fanatismo político, y ofrecióse á su penetracion la moral del Evangelio como la piedra angular sobre que pudiese sólidamente elevarse el edificio de un gobierno benéfico, inteligente y protector. Sobre todos, los que justamente se preciaban de doctos, advirtiendo en la sencilléz de sus preceptos una Era mas feliz, tomaron activa parte en estas contestaciones casi periódicas, puesto que á ellas se trasladáran la ilustracion del foro y la independencia de la tribuna, y que representando el progreso de las ciencias y el triunfo de la civilizacion, alcanzaban la especie de superioridad que se habia de admirar andando el tiempo en la espresiva elocuencia de los papeles públicos. Y asi es que no menos debió el cristianismo al influjo de tales refutaciones y epístolas, que ha debido despues á los periódicos la libertad política y mercantil de los pueblos. Animar á una generacion oprimida, inspirar la fraternidad bienechora, convencerla de los perjuicios de una secta inventada para enervar el cuerpo, no para consuelo del ánimo; indicarla, en fin, un camino de emancipacion, de progreso, de libertad.... tal fue el inestimable beneficio, mas bien debido al ardiente opúsculo controversista, que á la profundidad de una obra voluminosa y filosófica.

Justo es lamentar la invasion de los bárbaros septentrionales que puso repentino término á ese magnífico alarde de independencia y cultura. Al estrépito de sus armas, á la fama de su ferocidad y tropelías, quedaban desiertas las ciudades, poblábanse los paramos de anacoretas. Las asperezas del yermo ofrecieron asilo y tumba á la elocuencia y al saber. Desaparecieron de Europa los mas nobles elementos de la civilizacion humana, dejando en triste recuerdo admirables ruinas y cierto latin bárbaro, en el que chispeaban todavía no se qué admirables vestigios de su genuina flexibilidad y redundancia. La cruz del Gólgota fue el único monumento que se mantuvo ileso en medio de tantos escombros: alhagó á los vencidos, triunfó de los vencedores, y depositario entonces el clero de los escasos conocimientos de aquellas edades, usó de una especie de monopolio científico, hasta que le arrebató la imprenta lo que encerraba de mas útil en sus góticos archivos. Durante la tenebrosa época de la ignorancia, si bien aparecian de cuando en cuando algunos tratados de gravedad escolástica, no circulaban volantes opúsculos en los que ensayase la crítica sus fuerzas, y un espíritu analítico, una emulacion fervorosa, mantuviesen saludable pugna entre el ingenio y la razon. Limitóse la imprenta en su origen á producir tomos de grueso calibre, volúmenes *en folio* mas propios para descansar sobre el atril, que para pasar de mano en mano con rápido aprovechamiento de multitud de lectores. Los *en cuarto* vulgarizaron el placer de la lectura; y habiendo inventado Aldo (el antiguo) los de tamaño inferior, tuvimos en cada uno de ellos un constante compañero de nuestros paseos y viages. Esta nueva forma multiplicó el número de los aficionados, el de los escritores, y dió márgen al flechador libelo, leve dardo de dos puntas, sirviendo de elocuente intérprete á la irritacion de los partidos. Vémosle obrar el predominio periodístico entre las turbulencias políticas de la Liga, las amenazas de la Fronda, las querellas literarias del tiempo de Corneille, y las levíticas sostenidas de un lado por el jesuitismo, y atacadas vigorosamente de otro por Jansenio.

Los folletos, si bien mas flotantes, mas caprichosos que los periódicos, presentaron ya la idea de un arsenal provisto de agudas flechas, con las cuales se podia mover simultánea guerra á la arbitrariedad y al mal gusto, á la hipocresía y al fanatismo. No es mucho, pues, que tratase alguno de dar cierta regularidad á su publicacion, é imaginase por su medio un ataque mas constante y productivo, no limitándoles á una polémica fugáz, desnuda por lo común de perseverancia y vigór.

(Se concluirá.)

A NAPOLEON.—SONETO.

—

Héroe inmortal que la feliz victoria
Supiste encadenar á tus pendones
Y con tus bravas huestes y legiones
De cien monarcas eclipsar la gloria;

Gran capitan de quien dirá la historia
Orgullosa contando tus acciones,
Que libraste de un yugo á las naciones
Que dura eternamente en su memoria;
Tú que yaces en polvo convertido;
Tú, cuya sombra aterra á los tiranos
Creyendo oir un bélico sonido,
Rompiéndoles el cetro de las manos
Alzate de la losa y tu rugido
Resonará en los polos mas lejanos

Sirera.

AMOR DE HERMANO.

NOVELA.

(CONTINUACION.)

XXV.

De pensamiento en pensamiento, llegó Luis á la siguiente conclusion: «Si Joaquina no me ama, es porque ama á otro.» Donde se ve que concluyó por donde debia empazar. Tal es la lógica de los enamorados.

Una vez en posesion de este descubrimiento, no tardó Luis en acordarse que tenia un hermano, y que este hermano amaba y era amado de Joaquina; que era muy probable que se casáran; que casándose, debia perder la esperanza; que sin esperanza, la vida era insoportable; que siendo insoportable la vida, lo mejor era no vivir; y que para no vivir, lo mas acertado era matarse.

Fija en su mente esta idea—que ya le habia ocurrido durante el almuerzo—se separó de la ventana y se entró en la alcoba, de donde salió á poco con la maleta que habia traido de España. Púsola sobre una mesa y empezó á sacar de ella pantalones, camisas, calcetines, libros, papeles etc. etc. hasta que encontró lo que buscaba, lo cual no era otra cosa que un par de pistolas que examinó muy despacio para ver si estaban bien montadas.

Sentóse despues, cogió una pluma y una hoja de papel y con mano firme escribió algunas líneas; pero de repente se levantó y empezó á hacer trizas el papel.

—No—dijo sollozando—no quiero que Leonardo sepa la causa de mi muerte. ¡Dios mio! ¡qué fatalidad! El, que me queria tanto, él, que daria por mí su vida, ¡me da la muerte!

—¡Te engañas, Luis! ¡tu hermano no puede darte la muerte!—dijo con voz solemne Leonardo, que se habia acercado sin ser oido de Luis.

—¡Ah! tú ...—esclamó Luis volviéndose.

—Sí....yo, yo que inspirado por Dios, he llegado á tiempo de evitar un crímen. ¡Insensato! ¡has querido matarte!

—¡Debia morir!

—¡Morir! ¿Y por qué?

—¡La amo tanto!

—Lo habia presumido.

—¿Qué hacer, pues, Leonardo? ¿Qué hacer en mi situacion?

—Todo....menos morir.

Luis se sonrió con amargura.

—¿Y qué es *todo*?—preguntó.—¿Es acaso, ocultar ese amor en mi corazon, esconder mis lágrimas en el silencio, ahogar mis sollozos, y aun asistir á vuestro enlace con la risa en los labios? ¡Ah! sin duda que ese sacrificio es grande, es magnífico; pero yo, Leonardo, lo digo sin rubor, no soy capaz de tanto heroismo.

—Y por qué no te has dirigido á mí, antes de tomar esa resolucion horrible? ¿Por qué no me has dicho....«Leonardo, yo amo á esa muger: yo no puedo vivir sin su amor....?»

—¿Y para qué? ¿Qué hubiera conseguido con eso? ¿Obligarte á renunciar á *su amor*? Habria sido envano. Entre el amor de una muger y la felicidad de un hermano, hubieras escogido lo primero. ¿Debia decírtelo para que me aconsejáras lo que debia hacer? ¡Delirio! De qué podrian servirme tus consejos?... ¡Consejos! consejos cuando el corazon está seco, cuando el alma es incrédula!... ¡consejos cuando no hay fé en lo presente ni esperanza en lo porvenir! Recibir consejos en la posicion que me hallo, seria recibir sarcasmos. Déjame, pues, Leonardo; déjame á solas con mis proyectos de muerte. Nada deseo, nada espero, nada pido.... nada mas que la muerte, el sepulcro, el silencio eterno. Huye de aqui, Leonardo, huye.... yo te lo ruego.... no quiero que tus ojos vean un espectáculo sangriento.... que tus oidos escuchen gemidos de agonía.... tú solo debes ver plácidas escenas.... tú solo debes escuchar suspiros de amor....

Y al decir esto Luis cogió de nuevo la pistola.

Leonardo cruzó los brazos y dijo lentamente.

—¿Conque estas decidido á morir?

—Sí.... sí... yo no puedo vivir.... Vete, Leonardo.... vete en paz.... ¡adios!... adios, hermano mio!!.... por la última vez.. . abrázame!!!

—¡Abrazarte, Luis!... yo no abrazo á un hombre que se mata.... mis brazos no se abren á un cobarde.... ¡el hombre que se mata es un cobarde!

—¡Hermano! ¡hermano! ¡me desgarras el corazon!

—¡Tú no le tienes! El hombre de corazon lucha con la desgracia frente á frente.... y si no vence, tampoco sucumbe. Tú eres un niño antojadizo y loco.... un niño, sí, un niño. Sé que no puedo evitar tu muerte, podria arrancarte esa arma de las manos, podria atarte y meterte en una habita-

cion.... pero, segun veo, seria inútil.... porque no siempre estarías cerrado y aunque lo estuvieses llegaria un dia que romperías tu cabeza contra las paredes.... Mátate, pues, niño imbécil.... mátate... ó sino, si tienes miedo de morir solo, moriremos los dos.... somos hermanos.... la misma cuna nos meció cuando nacimos.... recíbanos la misma huesa al morir.... Conque, ánimo.... ahí veo otra pistola (y la cogió) muramos juntos.... y cuando mañana sepan nuestra muerte, el mundo entero sabrá que dos imberbes mozos mancharon con su sangre impura el limpio blason de los San Justo!

—¡Ah! gritó Luis arrojando la pistola.

XXVI.

BREVES REFLEXIONES SOBRE EL SUICIDIO.

La conducta de Leonardo para con su hermano habrá parecido inesplicable á los lectores.

Con efecto, un hermano que aconseja á otro que se suicide y sobre aconsejárselo, coge una pistola y quiere morir con él, es un suceso visto ú oido pocas veces.

¿No era lo mas natural y lógico—preguntarán—que Leonardo se arrojára á Luis y le arrancára la pistola?

Contestaré, que, en mi concepto, obró bien Leonardo en animar á Luis para que se matara. ¿De qué le hubiera servido arrancarle el arma de las manos, si mañana hubiera encontrado otra?

Similia similibus es el lema de los homeópatas para la curacion de las enfermedades del cuerpo.

Similia similibus es tambien el lema que debe guiar á los filósofos y moralistas en la curacion de los dolores del alma.

Los que querais disuadir á un futuro suicida de su criminal intento, no os arrojeis sobre él y le quiteis el arma.

En cuanto conozcais que esa idea se apodera de él, no lo abandoneis un instante, permaneced de contínuo en su habitacion, habladle sin cesar de su idea dominante, decidle—si algun escrúpulo le detiene—que rompa sin ningun escrúpulo los lazos de parentesco, amistad y amor que le unen á sus semejantes, que esos lazos son fantásticos, vanos y pueriles é hijos solo del hábito y las costumbres.—Si su resolucion proviene de algun amor desgraciado, se le dice: «el hombre ha nacido para el amor; si no halla amor, el hombre debe morir.» Si de compromisos de partido, de cosas políticas etc. dígasele: «el hombre ha nacido para ser libre—ó viceversa—si es esclavo, debe morir.» Si de algun desfalco en sus intereses, «tú habias nacido para tener ocho y solo te quedan seis; con seis tienes bastante para sostener tu familia; pero como quieres tener ocho y no los tienes, mátate.» Cuando hayais preparado el ánimo de vuestro amigo con estas reflexiones, le preguntais con qué arma quiere matarse y le decís que os la muestre. La examinais muy despacio y le haceis notar los defectos que tiene: que el cañon está un poco mohoso—si es pistola ó fusil—que la hoja está mal afilada—si puñal ó espada—y despues le decís, «amigo, tus armas no valen gran cosa; pero no te aflijas, yo tengo un magnífico par de pistolas que te ofrezco con el mayor placer.»—Y le poneis en la mano vuestro par de pistolas.—Una hora despues vuestro amigo.....estará ayudándoos á vaciar una botella de *Champagne*.

Estas son las ideas que abrigamos sobre el suicidio: ideas que—sea dicho de paso—no hemos visto espresadas en ningun tratado de filosofía moral, de los muchos que hemos consultado.

Repetimos—y sirva de conclusion á estas breves reflexiones—que la idea del suicidio debe curarse homeopáticamente. *Similia similibus.*

Pedro Pruneda.

(Se continuará.)

LOS PROSCRIPTOS.

Novela escrita en francés por Mr. Cárlos Nodier.

(Continuacion.)

X.

ENTREVISTA.

Amará á otro!... Rechazaré esta idea; no, no acibarará mi dicha tan fatal sospecha, cuya ilusion empañára el encanto de mis dias.... Estela no ha amado hasta ahora.

Cogí maquinalmente una rosa y la deshojé; no tenia objeto, asi es que repetí una y otra vez esta diversion, hasta tanto que despojé el rosal junto al que llegué. Recordaba la muda respuesta de Estela, el instante en que pronunciara su nombre procurando por medio del estudio de su alma descifrar el emblema misterioso que tan fácilmente me esplicaba el dia anterior. Quizá haya interpretado mal sus acciones; esta idea hízome rechazar con despecho las rosas que habia deshojado y esparcido por mis plantas.

Desde aquel momento solo ella me ocupaba; mi único anhelo era volverla á ver; un estremecimiento de terror se apoderó de mí asi que divisé la cabaña. Inmóvil de espanto permanecí, mostrando con mi indecision la sensacion que esperimentaba; parecíame leer en la puerta de aquella apasible mansion en que habitaba un ángel humano, la inscripcion del infierno de Dante.

¡Cómo esplicar la naturaleza de ese presentimiento vago que hace bullir á nuestro alrededor las desgracias del porvenir y sondea los decretos del destino presagiándonos una lejana reflexion?

Hallábase Estela dibujando; me acerqué sin ser oido hácia ella, y despues de haberme colocado detras de su asiento, advirtió mi entrada; volvióse y saludóme con una sonrisa. Habia logrado tranquilizar mi turbacion, ó mas bien diré, pude convertirla en una grata emocion, que se alteró con aquella sonrisa.

En el amor se esperimentan crísis violentas y ardorosas, durante cuyo período se abrasa y consume la máquina humana, la organizacion moral, y las ordinarias impresiones son por ella sumidas en profunda absorcion. La memoria no puede juzgar de las ideas vagas y confusas que ha adquirido; se debilita el cuerpo, los ojos se entelan, hierve la sangre agolpándose al corazon....

¿Estais desazonado? me preguntó Estela.

Cogíla su mano y nuestras sensaciones fueron en aquel instante confundidas por una simultánea emocion, mas rápida que la chispa eléctrica.

Paseé momentáneamente por la estancia y sentéme á su lado.

Fijaba su vista en el dibujo; no atreviéndome á dirigirla la mia, la tenia fija tambien en el mismo objeto, y una especie de deleite me enagenaba al considerar miraba lo que ella misma estaba mirando; parecióme que sus ojos imprimian en aquel un sello particular que hablaba al alma y una cifra no desconocida por mí. ¿Cómo esplicar mi sorpresa cuando ví representado en aquel dibujo el sitio donde tuvo lugar nuestra primera entrevista?

¡Cómo!... reflexioné. ¡Estela ocuparse!...

Es agradable aquella vista.

¡Y encantadora la imitacion!

Era para vos, me respondió.

Escribí la palabra *Memoria*.... y la pluma deslizóse de mi mano.

Memoria á la amistad, replicó Estela y lo escribió. A no haber ella misma desviado mi arrebato, cayera á sus plantas.

El tumulto de mis pasiones pudiéronse apaciguar con los sonidos dulces y penetrantes arrancados al arpa que ella pulsaba, reemplazando á aquel penoso frenesí una conmocion profunda. La música ha sido siempre para mí un bálsamo consolador.

Atrevíme entonces á mirarla de frente y el sentimiento que me inspiró era tan puro como ella. Los corazones mas pervertidos hubieran sucumbido al influjo de la celeste espresion que la animaba. Creía encontrarme otra vez tranquilo, pero cuando Estela cesó de tocar el instrumento, aun la escuchaba.

La confianza es hija de la conviccion; las etiquetas de la sociedad son dispersadas por un momento de abandono.

Habléla de mis padres, de mi hermano, de Lovely: juntos lamentamos nuestras desgracias y comprendimos no podíamos vivir separados.

Cuando en el Universo no se encuentran mas que dos séres y tienen necesidad de amar, se profesan muy pronto cariño.

Cuando la tarde debilitaba ya los rayos del sol, salimos ambos de la cabaña, con el objeto de pasear por las cercanías.

Existe en la montaña una flor, que se la ve crecer en los lugares mas escarpados y pedregosos; llámase la *Aguileña*, la cual inclina hácia tierra su azulada cólora sostenida por un débil y esbelto tallo, como si sucumbiera fatigada de su propio peso; simboliza esta planta una vida que dejó de ser feliz. Estela, á quien gustaba en estremo esta flor, señalóme una inclinada sobre un peñasco.

Ascendí hasta ella y la cogí, mas al descender resbaló mi pie sostenido falsamente sobre aquellas piedras movedizas, y hube de asirme, para sostener mi cuerpo, de un zarzal, hiriéndome ligeramente; la córola azul de la *Aguileña*, manchóse con una gota de sangre que derramé; entonces quise tirarla, pero Estela se apoderó de ella con viveza y la colocó sobre su pecho.

XI.

EL POBRE LOVELY.

Caminaba á la ventura y en direccion al bosque al amanecer de un dia que habia salido sin objeto, cuando Lovely, habiendo logrado divisarme, se me acercó sin que yo me apercibiera de ello, puesto que me hallaba ocupado enteramente de Estela. Cogióme la mano y me dijo—Tú sufres mucho.— Por sola contestacion tomé la suya y la coloqué sobre mi pecho.— ¿Amas? te compadezco, me dijo: observáronse conmovidas las fibras mas delicadas de su corazon. Tal era el efecto que producia en él esta idea.

¡Amas! ¡Ah infeliz! El que en la naturaleza ama es desgraciado. La emocion de su corozon se manifestaba visiblemente; en el metal de su voz se notaba cierto aire de dulzura, y al repetir el eco, cual lúgubre gemido, esta maldicion, me estremecí de terror y se heló mi sangre.

Sí; ¡desgraciado del que ama! ¿has sentido tú esa pasion que abrasa, consume y gasta todas las facultades, y que su estrago es por todos conocido? ¿se han acercado tus labios á esa copa de amargura? ¿has calculado los escollos contra los que ha de estrellarse tu vida?

Cuando mis sentidos fueron alentados por el primer rayo de placer, sonreí como tú al porvenir meciéndome en la felicidad, mas era un sueño de niño, porque en la tierra.... no existe el amor.

¿Notas ahora los obstáculos que ha superado? ¿no lo has visto ser juguete de todas las borrascas y herirle el destino con su terrible anatema?

¿Ves cómo se ha conjurado todo para trocar sus

delicias en amargura, empañar su brillo y emponzoñar su pureza?

¿Te has imaginado alguna vez al objeto de tu amor sobre el lecho mortuorio luchando con el dolor que le aqueja, queriendo escaparse de la muerte que le alcanza, asiendo la existencia que se le escapa, alargándote la mano que nunca estrecháras, dirigiéndote una mirada que no puedes devolverle, y exhalando un suspiro que no será recompensado con otro suspiro?

¡No prosigas, por piedad, Lovely, me aterrorizas!

¡Oh! si tu corazon viérase atormentado por la funesta pasion de los celos, calcularas el rencor que entraña; si lamentaras las consecuencias de un amor mentiroso y pudieses comparar los tormentos que ocasiona con el que siente al derramar una lágrima sobre el sepulcro de su querida, pareceríate este cuadro, no lo dudo, tan dulce como una mañana de primavera.

Mas el infortunio llega á su colmo cuando uno no posee por entero el amor de su querida, del que le priva la mas negra de las perfidias; cuando pregunta á un corazon que ni aun se acuerda de sus propias sensaciones, que ahoga en su seno las lágrimas; cuando siente el suyo desfallecer, mientras el de la perjura esperimenta la vehemencia del deleite, recibiendo las inspiraciones de un nuevo amante, con el que sonríe en amorosa compañía..... Ah..... ¡Reflexiona un momento!... ¿Quién sabe si en este instante ornará la frente de tu rival la corona de guirnaldas que para ella trenzabas ayer, haciéndole sentir en sus brazos la palpitacion de una terneza engañosa?

Déjame, Lovely, le dije rechazándole.... me has lastimado.

¿No me amas ya? me preguntó.

No, ya no te amo.... en aquel mismo acto me maldige por tal impostura; Lovely, empero, ya se habia retirado.

Siempre oprimirá á mi corazon el peso de esta falta; mi sufrimiento me forzó á maltratarle.... Yo he contribuido á exasperar mas su mal; dos dias despues víle vagar por la montaña con la cabeza desordenada.... No le tendí mi mano amistosa olvidando los beneficios con que me brindó la suya preparándome su único asilo.... Burléme de sus pesares y le he rechazado con desdén.... ¡Ah, cuán terribles son los remordimientos del culpable de ingratitud para aquellos á quienes ama, y cuán dolorosa su memoria!

Despues me perdonó, empero no era digno de obtener su perdon. Lovely, ahora derramo una lágrima, y esta lágrima.... es de arrepentimiento.

Ausentóse por mucho tiempo: todas las noches le llamaba, mas no me respondia, y hube de volver solo á la cabaña, procurando ocultar mi turbacion á su madre.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

—

NECROLOGÍA. El P. Juan Arolas, el poeta cuya imaginacion oriental hacia amable la idea por el metro, y la rima por la riqueza de la locucion, ha muerto. En sus numerosas composiciones, los conceptos mas delicados, el colorido fiel de la parte descriptiva, parecia rivalizar con la elegancia y armonía de una versificacion, casi siempre adecuada á los asuntos que ha hermoseado. Sus orientales, sus romances caballerescos, y sus armonías religiosas, elevan este poeta á un rango que en vano procurarán alcanzar los que alimentan su ridícula reputacion de ripios y prosa aconsonantada. Valencia escribirá el hombre de Arolas al lado de Gil Polo, en tanto que la literatura se encarga de esparcir algunas flores sobre el modesto asilo de las cenizas del genio, lanzado al nuevo mundo de la inmortalidad mas brillante.

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

NO HAY BURLAS CON EL AMOR, *comedia en tres actos, en verso, por D. P. Calderon de la Barca.*—LAS VENTAS DE CARDENAS, *juguete cómico en un acto, en verso, del género andalúz, por D. T. R. Rubí.*—LA MERIENDA DE LOS ANTÍPODAS, *por Mr. Cotterell.*—*Concierto por el Sign.r Gasperini.*—EL TARAMBANA, *comedia de gracioso en tres actos.*

D. Alonso.

¿Es comedia de D. Pedro
Calderon, donde ha de haber
Por fuerza amante escondido,
O rebozada muger?

No son estos los solos defectos que el arte puede señalar en el teatro del digno sucesor de Lope de Vega. Las variaciones de lugar, sin anterior preparacion, son tan frecuentes en el drama de Calderon, que solo pueden tolerársele alguna que otra vez, en gracia de la viveza y naturalidad del diálogo, fecundidad de inventiva, y riqueza de versificacion. Nacido en la época de los conceptos galantes, y del culteranismo empalagoso y gongorino, participó involuntariamente de los mismos errores que á veces criticaba en comedias tales como: *No hay burlas con el amor.* Novedad y artificio sobre todo, lirismo alambicado en algunos pasages, violacion estéril de las unidades, especialmente las de tiempo y lugar, y falta de caractéres, son los defectos que pueden con fundamento imputársele al esclarecido autor de: *La vi-*

da es sueño. Pero en cambio ¡qué imaginacion tan prodigiosa! ¡qué locucion tan florida! La comedia que hemos visto ligeramente retocada, ofrece una bella demostracion de lo que ligeramente hemos insinuado, y justifica hasta cierto punto los panegíricos de los románticos y las invectivas de los clásicos que todavía disputan sobre las ilustres cenizas del ingenio dramático mas español y elevado en todas sus obras. Escarmentar á la bachillera cuanto culta Beatríz, y al galan presuntuoso, hoy positivista, D. Alonso, es el pensamiento, ó núcleo moral de aquella comedia, sembrada de rasgos y bellezas poéticas, si bien atacable por los débiles flancos que deja abiertos á la crítica un plan irregular y mas en armonía con el gusto y práctica dramática del siglo XVII que con los preceptos dictados por la verosimilitud y la filosofía del arte en todos tiempos. Respecto de la ejecucion por parte de nuestra moderna compañía, creemos sinceramente que no es el teatro antiguo donde deben lucir sus facultades; manejar la *capa y la espada* de la manera apuesta, atrevida, y galante que imaginó Calderon en presencia del brillante siglo que copiaba, es mucho mas difícil que satisfacer las vulgares exigencias que imponen el fraque y la peluca de hoy, cuando solo tenemos el epitafio del teatro español escrito en sendas letras marmóreas. Asi fue, que aun los principales papeles, sobre representar tan acertadamente como con frecuencia notamos, lograron tan escasa aprobacion como la misma comedia. Público y actores estamos á gran distancia de Calderon; por fuerza nos ha de parecer pequeño.

Representóse luego el juguete cómico, *las ventas de Cárdenas*, y en verdad que no conocimos á Rubí. La accion carece de novedad en el fondo y de originalidad en el desarrollo del plan. Sus escenas se resienten de poca *vis cómica*, tanto que, á no ser por el papel del franchute y sus repetidas equivocaciones, la indiferencia glacial de los espectadores, hubiera rayado quizá en ardiente severidad. Bien hicieron los Sres. Fernandez, Orgáz y Vico en salvar con su gracia la reputacion de un distinguido poeta que puede pagarles mejor en su dia, salvándoles con sus bellos versos de algun descuidillo venial.

Si de la dramática pasamos repentinamente á los horrores de la estática, de seguro quedamos como quien dice viendo visiones, y eso que solo podemos referir aqui la posicion violenta de Mr. Cotterell, cuando come, bebe y dispara un par de pistolas sin otro centro de gravedad que el de su cráneo, descansando sobre un palo de notable elevacion.

Pero si serenidad y práctica se requieren en este egercicio gimnástico, no menores las necesitó el señor Lombía para ejecutar el drama *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, si, como es de presumir, llegaron á sus oidos las noticias nada favorables que prevenian en contra suya á buena parte del público. Este silbó y aplaudió alternativa y aun juntamente; pero por fin, llamó á la escena á nuestro inteligente director de compañía, premiando con justicia la buena representacion del D. Alvaro religioso, y vengándose en cierto modo de la escesiva reprimenda, dirigida al don Alvaro enamorado. Nosotros hemos sido en varias ocasiones esplícitos y francos sobre este punto; mas pues criticamos sin prevencion, desearíamos que el público obrase del mismo modo.

Dia de mucho, víspera de nada. Asi fue ello, porque, á pesar de cantar el Sr. Gasperini con buen gusto y bonita voz, sobre trasmitirnos con su dulcísimo *acordeon* la espiritual poesía melódica de Bellini, la numerosísima y avinagrada concurrencia de la noche anterior habia dejado su puesto á unas cuantas pacíficas familias y á otros tantos abonados, que parecian ruborizarse de aplaudir.

¿Y *El tarambana*? ¿Diremos que es comedia, sainete, ó lo uno y lo otro á la vez? Tres actos pesados de sendas conversaciones, sin verdadero y fino chiste, siquier se titulen autos sacramentales, no serán mas que comedias abortadas, ó sainetones muy crecidos. Seducir á una muger casada en las barbas del público ilustrado; tal es el santo objeto á que tiende la accion de esta pieza dramática, en la que la verosimilitud se ve sacrificada casi siempre al bosquejo de un carácter que hace reir de puro tonto. Bien lo conoció el Sr. Fernandez, cuando despues de haber sacado fuerzas de flaqueza con mediano éxito, apuntaló el comedion con una decimita muy socarrona, á fin de que no se viniera abajo con su correspondiente silba

Es cuanto ocurre, aunque á nosotros se nos ocurre algo mas, que dejamos en el tintero de pura tolerancia. A bien que mas dias hay que cesantes, y lo que importa ahora es concluir á tiempo.

C. Pascual y Genís.

BIBLIOGRAFÍA.

POBRES Y RICOS O LA BRUJA DE MADRID, novela de costumbres sociales, original de D. Wenceslao Ayguals de Izco. Se ha repartido la entrega 3.ª de esta obra, cuya edicion es de gran lujo, en papel satinado con grabados en el testo, láminas coloreadas aparte, y el retrato del autor grabado sobre acero, que se regalará á la conclusion de la obra. Toda ella saldrá con rapidéz, y formará dos tomos de proporcionadas dimensiones. Cada entrega consta de 16 páginas y cuesta 2 rs. en Madrid, y 2 y medio en provincias, franco el porte. *Gran rebaja*. Todo el que sea suscritor á la *Biblioteca de La Esmeralda*, disfrutará la rebaja de medio real en cada entrega. Se suscribe en Madrid en la Sociedad literaria, calle de Leganitos, núm. 47; en Valencia en la imprenta de D. José Mateu, plaza del Embajador Vich, núm. 12.

Imprenta de D. José Mateu Garin.